

LA BATEA



Elizabeth Ferry · Stephen Ferry

MARMATO

=====

En una parte llana del pueblo de Marmato hay una hilera de molinos de procesamiento de oro en pequeña escala, cada uno con un equipo de una docena o más de trabajadores bulliciosos. En un extremo de la fila, junto a unos costales llenos de roca y grava, hay varias motocicletas parqueadas. Estamos sentados en uno de esos costales, bajo el cálido sol de la mañana, mirando arriba del cerro. Al lado hay una pendiente deslizante de roca. En medio del peñasco vemos diminutos cobertizos inclinados, clavados en la pendiente, que son puntos de despacho donde los mineros guardan sus rocas. Algunos cobertizos están demasiado inclinados. Uno ha entregado su alma y ha colapsado. A cada rato se desprenden una roca o dos.

Unas pocas señales amarillas advierten el peligro de las rocas que caen. Por encima de donde nos encontramos corre un elaborado sistema de tirolesas que atraviesan cientos de metros. Por estos cables vienen zumbando y silbando pequeños barriles de metal, y su tintineo se mezcla con el parloteo matinal de los pájaros. Los barriles bajan la montaña llenos de material y lo vacían dentro de los conductos de concreto que alimentan los molinos cerca de nosotros. Suben de vuelta a la montaña bamboleándose un poco, con sus fondos abiertos. Los han pintado de amarillo —o tal vez de oro—; algunos hace poco, otros hace más tiempo.

En este lugar, los indígenas cartamas trabajaron el oro antes de la llegada de Colón. La mina la han aprovechado a

partir de entonces españoles, ingleses, colombianos y, ahora, canadienses. En 1946, la parte de arriba de la montaña se reservó para la minería de pequeña y mediana escala, y Marmato se convirtió en un sitio de economía floreciente y algo caótica en apariencia, con cientos de minas y de molinos apilados uno encima del otro.

El periodo de doce años de auge que se inició a comienzos del milenio, y que tomó fuerza con la crisis financiera mundial de 2007, amenazó con cambiar de manera radical la topografía de Marmato. Cuando el precio del oro se disparó y el conflicto interno colombiano bajó de intensidad en la década de los dos mil, las compañías mineras transnacionales empezaron a trasladarse a distritos históricamente mineros de Colombia, entre estos Marmato. La empresa Gran Colombia Gold ha estado haciendo exploraciones en el distrito minero de Marmato e inició operaciones en la zona baja de la montaña. Según sus cálculos, en la zona hay cerca de catorce millones de onzas de oro.

Esta multinacional también ha estado comprando títulos mineros en las áreas altas del cerro del Burro, donde está enclavado Marmato, con miras a explotar una mina a cielo abierto. Ese proyecto le quitaría la cima a la montaña y borraría de paso la histórica población, pues hay que reubicar a sus residentes más abajo para sacar todo el oro posible durante los próximos veinte años. Varios mineros de

la parte alta le han vendido sus minas a la compañía, pero aquellos que se oponen al proyecto argumentan los nocivos efectos sobre el medio ambiente de la minería a cielo abierto y la pérdida de un estilo de vida que data de siglos atrás.

La empresa y la prensa nacional retratan a Marmato como un lugar al que hay que rescatar de la fiebre del oro que lo ha llevado a carcomerse a sí mismo. El 10 de octubre de 2011 el periódico *Portafolio* rememoró que en 2006, en este lugar donde estamos sentados mirando el despertar del día para empezar a trabajar, «una avalancha se llevó la sede de la Alcaldía, la plaza principal, la iglesia y 92 casas». En la revista *Semaná* se habló de «La desgracia de Marmato» y se añadió que «la fiebre del oro tiene sus peligros». Sin embargo, cuando Stephen visitó por primera vez Marmato, en 2013, encontró que los informes sobre la avalancha eran muy exagerados; no es cierto que el pueblo, en un ataque de codicia, haya excavado sus propios cimientos.

No obstante, sí es verdad que desde principios de la década de los ochenta hay informes sobre la inestabilidad estructural de las áreas alrededor de las minas que sugieren la posibilidad de un colapso masivo, debido a los túneles entrecruzados que se han cavado a lo largo de varios años. En estos informes se proponen diversas soluciones: desde el cese inmediato de la minería en la zona hasta la reubicación del pueblo, pasando por planes de mitigación y de educación. A pesar de esto, el Estado ha invertido pocos esfuerzos y

recursos en corregir las inestabilidades estructurales que, en efecto, existen.

Dada la agitada polémica sobre los planes de la Gran Colombia Gold con el cerro, la cuestión de la fragilidad de Marmato se ha convertido en un indicador de si procede o no la minería a cielo abierto. A quienes apoyan los planes de la multinacional seguramente no los mueve el interés por ayudar a que los marmateños permanezcan donde están. A su vez, quienes se oponen a los planes son más propensos a subestimar los riesgos de quedarse, porque admitir el peligro equivale a aceptar que hay que trasladar el pueblo.

Marmato no es una pila de rocas congelada y sin vida. Es un municipio que vive, que tiene un pasado y un presente, al igual que muchos residentes con esperanzas de futuro. Su industria se desmorona y prospera a la vez. Los carritos amarillos que vimos pasar velozmente aquella mañana en los molinos captan algo del espíritu de este pueblo. Son improvisados pero muy funcionales, ruidosos, industriosos y de buen humor. Pueden parecer remanentes inefficientes de una era industrial anterior, pero todavía están allí y siguen trabajando.

Mucha gente en Marmato nos dijo que, así algunas estructuras del pueblo se agrieten, el tejido social es más fuerte que en otros municipios y ciudades de Colombia. Una causa de esta integración social es la alta tasa de empleo que provee la pequeña minería. Un habitante nos dijo que

«en Marmato no hay emboladores, porque todo el mundo tiene un trabajo mejor que embolar zapatos». Marmato se ha mantenido relativamente fuera del conflicto armado interno. Ni las guerrillas ni los paramilitares lograron reclutar muchos combatientes, espías y cómplices en el pueblo.

Desde cuando estuvimos sentados en esos bultos de grava, en enero de 2013, la situación ha evolucionado. El precio del oro ha caído bastante y el proyecto a cielo abierto en Marmato al parecer se mantiene suspendido. La empresa continúa buscando la manera de sacar a los mineros de la zona alta; incluso presiona para que el Estado ejecute una orden de desalojo a unas 68 minas.

Cuando visitamos el municipio en agosto de 2016, muchos mineros habían vuelto a entrar a trabajar en los socavones que la Gran Colombia Gold había comprado para cerrarlos. La oposición contra la empresa se ha vuelto más organizada y ha conseguido elegir candidatos al gobierno local, trabaja con organizaciones nacionales e internacionales y patrocina una conferencia anual de *marmatólogos*, para fomentar la comprensión y el aprecio hacia el pueblo. La idea ahora es promover el turismo, incluyendo una mina didáctica en la que los visitantes puedan ver vetas grandes de oro y el oficio de la minería en acción.

En febrero de 2017, los mineros tradicionales de Marmato lograron una sentencia favorable de la Corte Constitucional de Colombia: se deberá hacer un proceso de

consulta previa antes de que la Gran Colombia Gold pueda seguir cerrando minas. En abril, la multinacional interpuso una demanda por setecientos millones de dólares contra el Estado colombiano, acusándolo de que este fallo viola el tratado comercial entre Colombia y Canadá. Ese pleito está pendiente.

Y otras preguntas permanecen abiertas: ¿qué tan agresiva va a seguir la compañía con sus demandas? ¿Los mineros podrán quedarse en su cerro, al menos hasta el próximo ciclo de precios del oro? ¿Van a obtener la ayuda que necesitan para apuntalar su mundo?



Marmato, Caldas, 20II.

Marmato, 20II. -->





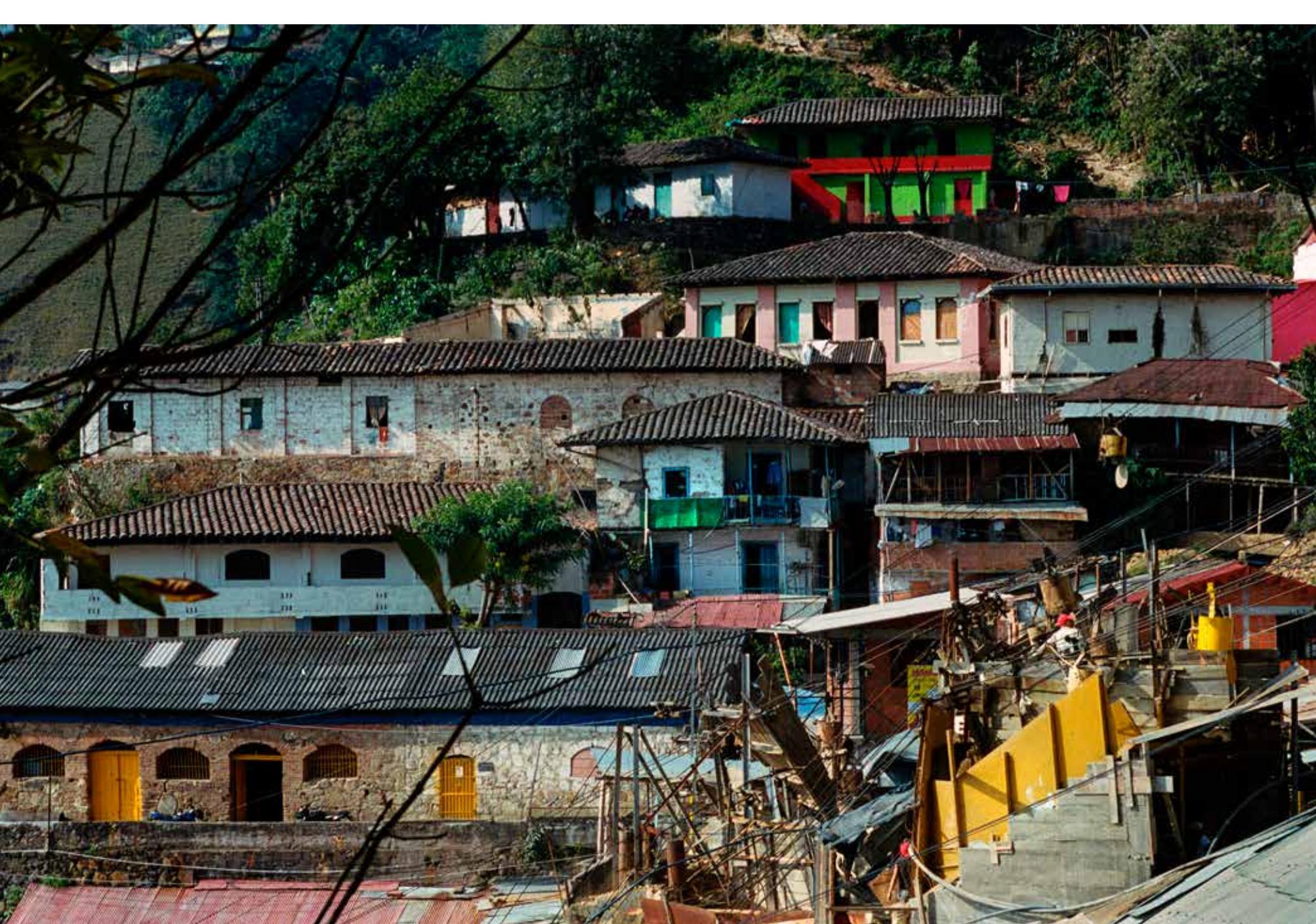
Mina La Villonza. Marmato, 2016.



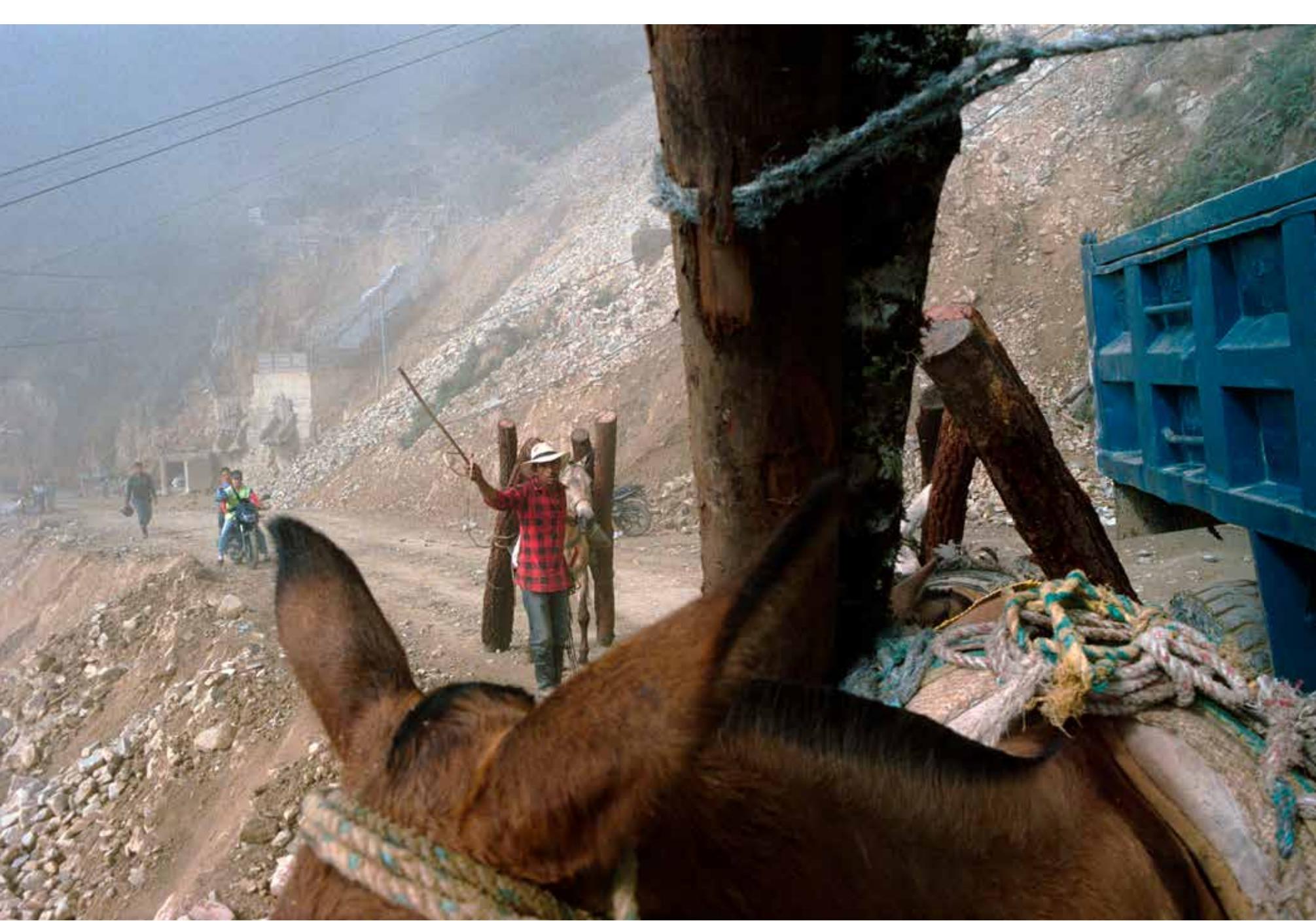
Zona alta del cerro El Burro. Marmato, 2016.



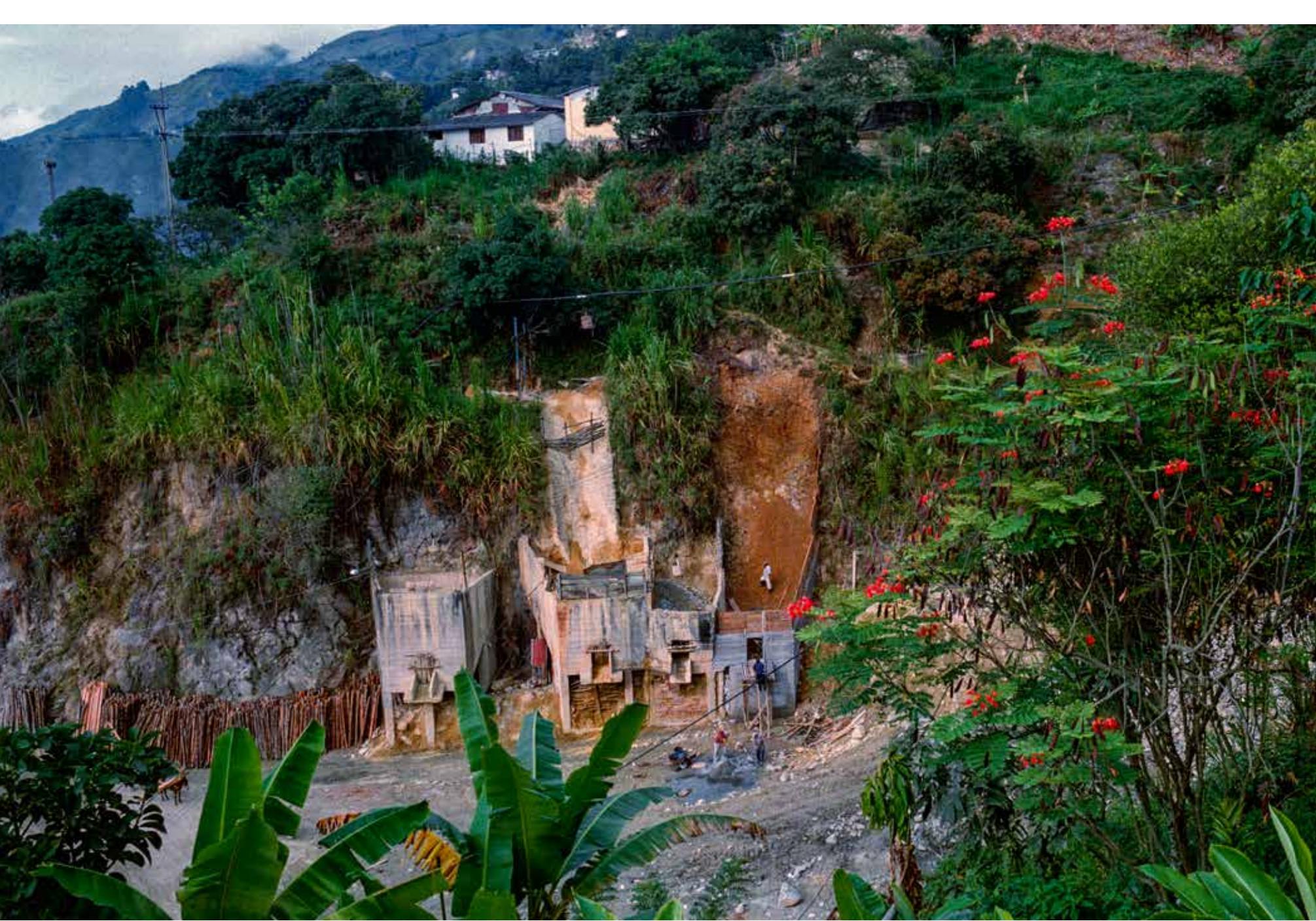
Bocamina, sistema de ventilación. Marmato, 2017.



Marmato, 2013.

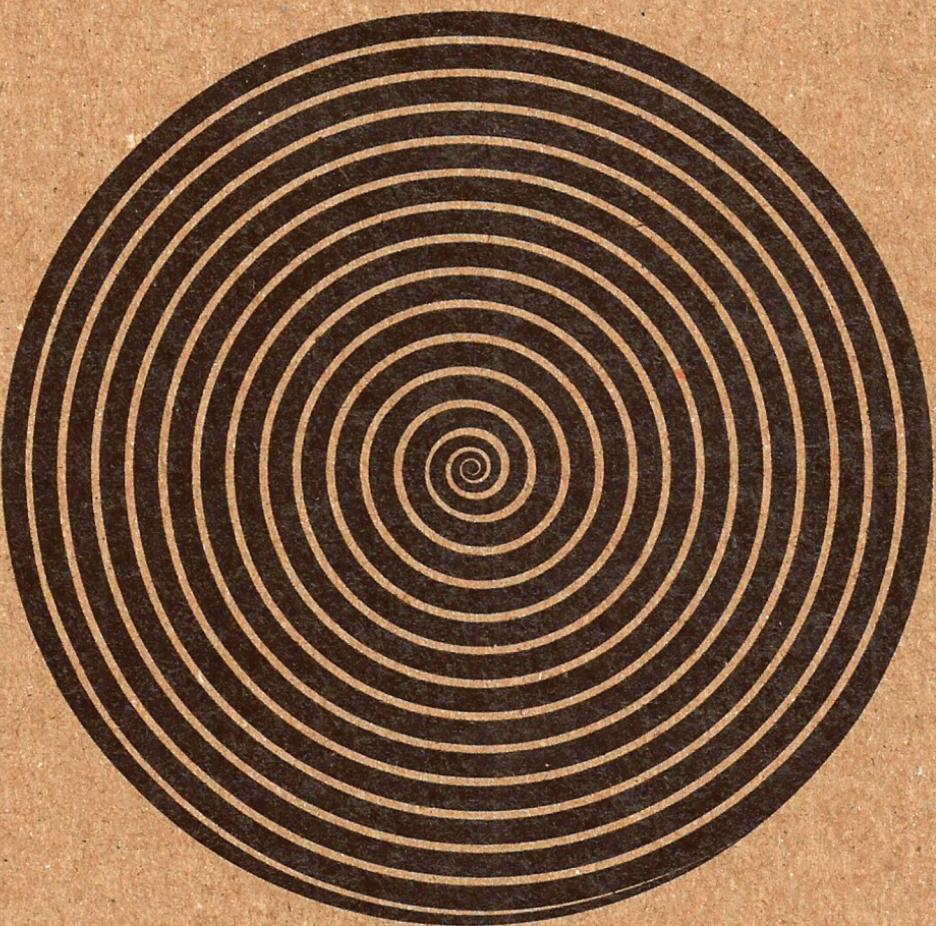


Troncos usados para sostener los socavones.
Marmato, 2016.



Marmato, 2016.

"Al rato se ven destellos entre el agua lodosa, aunque ya se sabe que no son de oro sino de piritita. El oro aparece de forma mucho más lenta, como una mancha amarilla en el fondo de la batea. Una vez recogido el oro, Amed tuesta con cuidado en una sartén caliente el pequeño montón que ha emergido de todo ese lodo, para quemar un poco más la escoria. Luego lo almacena en un sobre hasta que más tarde, ese mismo día, llegan los compradores".



ICONO •